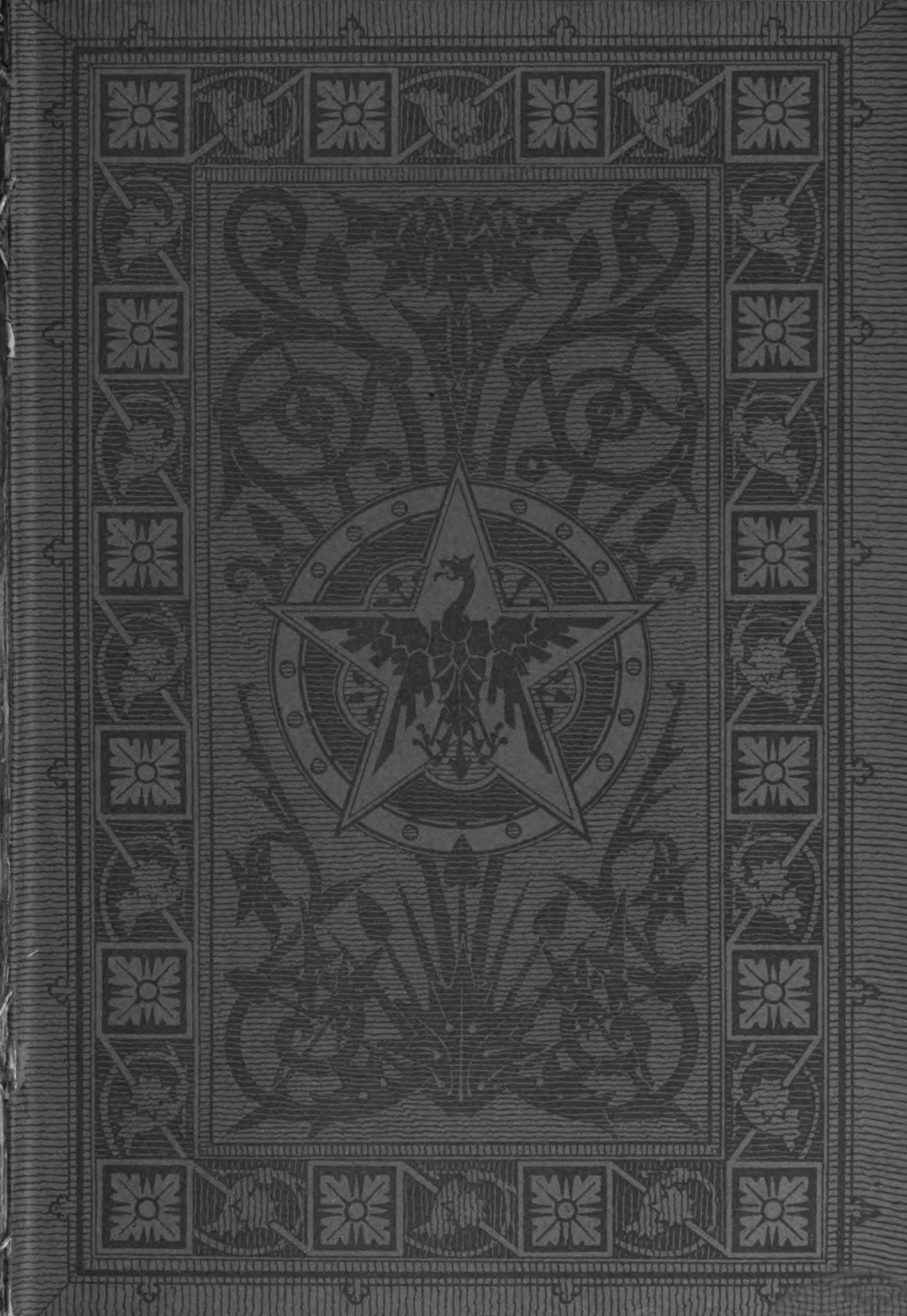
UC-NRLF
$B 135 410

YC127928

GIFT OF
Phoebe A. Hearst

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII

EX LIBRIS



TRES POESÍAS.

ES PROPIEDAD.

TRES POESÍAS

EL ÁNGEL DE LA MUERTE — CANCIÓN DE LA CAMPANA

EPÍSTOLA MORAL

DE

C. WALLIN - F. SCHILLER - F. DE ANDRADA

TRADUCCIONES DE

D. J. E. HARTZEMBUSCH Y D. J. YXART

DIBUJOS DE

CARLOS LARSSON

A. LIEZEN MAYER — ROBERTO SEITZ

Y

ALEJANDRO RIQUER.

BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

E. DOMENECH Y C.ª—*Ausias March*, 95

1883

Gift of Mrs. Hearst

UNIV. OF
CALIFORNIA

IMPRENTA DE F. GIRÓ, BARCELONA

PN6108
Y9

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

De las poesías contenidas en este tomo, dos hay, *La Epístola á Fabio* y *La Campana*, que pueden pasar sin elogios ni noticia alguna, pues son universalmente famosas y no haríamos más que repetir lo dicho en todas partes: en el folleto de D. Adolfo de Castro, *la Epístola á Fabio no es de Rioja*, por ejemplo, por lo que respecta á esta, y en todas las historias de la literatura europea ó alemana, por lo que se refiere á la canción de Schiller, y más particularmente en las varias biografías del autor. La traducción que de ella damos es la clásica en España, la de J. E. Hartzembusch.

No son tan conocidas ni la poesía *El Ángel de la muerte* ni su autor, y osaríamos asegurar que aquella se publica ahora por primera vez en España.

Juan Olof Wallin es uno de los poetas más inspirados que ha tenido Suecia. Nació en 1779 y falleció en 1839.

Abrazó siendo joven la carrera eclesiástica, habiendo alcanzado en ella el más alto puesto á que podía aspirar, pues á su muerte era arzobispo de Upsala, primado y jefe de la Iglesia sueca. Debe particularmente su fama á sus grandes cualidades de orador sagrado y de poeta religioso, pues aunque también cultivó otros géneros con éxito, sus mayores merecimientos literarios se fundan en la gran parte que tomó en la reforma del *libro de salmos* de la Iglesia de Suecia, para el cual compuso 120 cantos originales, refundió los antiguos y tradujo algunos más. Tegner, su compatriota, el primer poeta sueco, le llama *el arpa del David del Norte* y por él blasona su patria de poseer la más rica y perfetca colección de cantos sagrados de todo el orbe cristiano, que consideran algunos insuperables. Su última poesía religiosa fué *El Ángel de la muerte,* la más popular y encomiada de todas (1). Sobre ella particularmente añadiremos algunas observaciones.

La versión que damos no es fiel trasunto del original ni en su conjunto, ni en sus pormenores, y más merece el nombre de *imitación.*

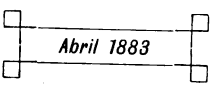
En primer lugar, difieren entre sí en el número y ritmo de los versos y en la forma de cada estrofa, lo cual altera desde luégo esencialmente el carácter de la poesía, pues ya es sabido que, en ellas, forma y fondo van tan unidos como la llama y la luz y con frecuencia la forma por sí s ola constituye todo su encanto. En el original del *Ángel de la muerte,* el uso de monosílabos y agudos, cierta monotonía y compás en el ritmo y la distribución de versos consonantes de diversa medida, da á la estrofa una entonación señaladamente lírica. Era difícil, si no imposible, conservar esta cualidad en la versión, ya porque la lengua

(1) HORN. — *Historia de la literatura del Norte Escandinavo.*

castellana es menos cantable ya, porque no correspondiendo la letra á ningún motivo musical conocido, ni menos parecido á los cantos de Suecia, el atractivo singular del ritmo que basta á conmover á los nacionales por misteriosa asociación de ideas, hubiera sido de ningún valor para el lector español, ó quizá pareciera chocante y forzado. Se ha preferido, pues, prescindir de él en absoluto, con lo cual se modificó esencialmente el tono de la poesía, ahora grave y reposado, si en el original vivo y natural.

En orden á los conceptos, no han sido menores las alteraciones. En la imitación hay estrofas enteramente originales y nuevas, como son entre otras la 10, pág. 20; la 12, pág. 22; la 17, pág. 27; la 26, pág. 36; la 29; pág. 39; la 32, pág. 42; la 35, pág. 45; la 36, pág. 46; y en las demás, apenas habrá una sola que sea exacta y fiel traducción de la obra de Wallin. Débense estas modificaciones á que ésta, tras la patética y vigorosa descripción del poder de la muerte, que alcanza hasta la estrofa 11, va degenerando en una especie de homilia que en el original parece bien porque no carece de ingenuidad y de aquel sentimiento vago y profundo común á toda la poesía del Norte, pero que en la traducción en castellano, hubiera quedado reducida á un simple sermón en verso. Por esta razón, se ha creído indispensable darle otro carácter, más moral que religioso, más profano, en una palabra, revistiendo ideas parecidas con imágenes que movieran en general el corazón del hombre antes que el del creyente.

J. Y.


Abril 1883

ILUSTRACION

DE

CARLOS LARSSON

UNIV. OF
CALIFORNIA

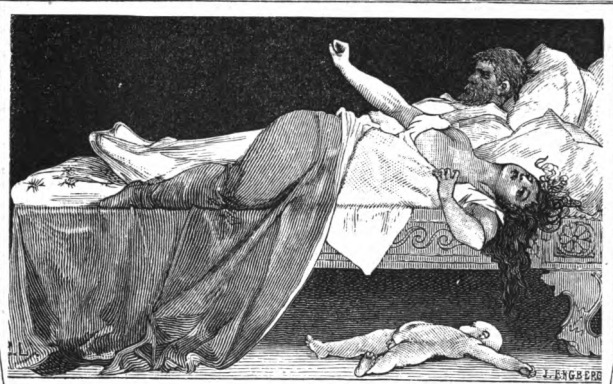
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA

Hijos de Adán, nacidos de la tierra
que á la tierra volveis; triste destino,
desde el dia infeliz que vió el pecado,
os rindió á mi poder; sois de la muerte.
De Oriente al Occidente vencedoras
tiendo las alas cobijando el mundo
y por vosotros invisible clamo
en el mar, en la tierra y en los aires.

Como pájaros sois que el pobre nido
cuelgan del bosque en la apacible sombra,
¡ qué dulces trinos ! ¡ qué misterio grato !
¡ qué suave luz en las ocultas ramas !
Mas cuando estalla la tormenta ruda
que el árbol con sus ímpetus sacude,
huye en tropel chillando la bandada
y pasa para siempre la alegría.

Como palomas sois, con blando arrullo
por incierto mañana suspirando
hasta que al fin só la alevosa mata
se abre la trampa y se os traga el suelo.
Húndense entonces rápidas las dichas,
la riqueza, el poder, y ve la luna
indiferente y fría, cómo acude
tras la gente pasada, nueva gente.

En los brazos del vértigo lanzados,
ebrios girais en bulliciosa danza,
ciñen las flores la encendida frente
y resuena la música en el pecho....
mas vedme en el umbral. ¡Cómo de súbito
cesa el rumor y se detiene el baile
y la pálida novia desfallece
y temblais ante mí, mudos de espanto!



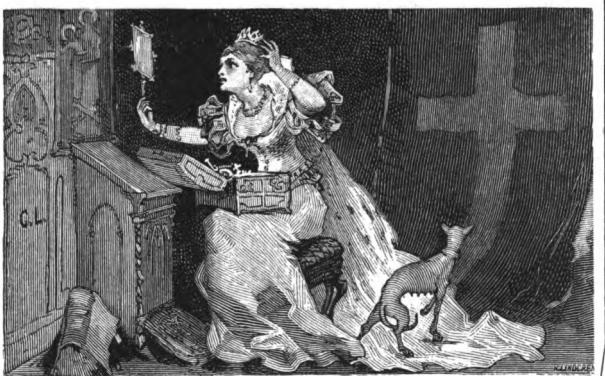
Yo soy el fuerte, el único. Mi hálito
barre de un soplo la aterida tierra,
vierte en los aires la mortal ponzoña.
¡Ay del que hirió la peste!.. En vano gime,
en vano se retuerce en su agonía,
aherrojado al dolor!.... Junto á su lecho
perecen los que adora, y jadeante
clama tan sólo por su propia vida.

Yo soy el fuerte, el único. En mis dedos
quiébrase el cetro del cruël monarca.
Sacude mi aleteo la tormenta
y revuelve las olas mujidoras
de hombres y siglos, que á mis piés rugiendo
á mis piés se deshacen en espuma....
Dia vendrá que en la infinita orilla
la última á su pesar gruña espirante.

Yo presido la guerra; en la llanura
despliegan los ejércitos su pompa
para caer rendidos á mi vista.
¡Ay! de su hondo letargo, ni el redoble
del tambor, ni el clarín, no les despierta.
Sólo á mi voz en el tremendo día
de nuevo se alzarán, con nueva alarma,
al aire las espadas centelleantes.

Mofa y escarnio del poder del hombre,
¡cuántas veces mi planta pavorosa
huella insolente sus augustas ruinas!
¿Qué fueron ante mí los Alejandros?
¿Qué fué de Napoleón? Hoy en su trono,
roto escabel, me siento un breve instante,
mientras el aire en derredor ventea
fría ceniza, su poder temido.

CUAL nuevas capas de mezquino polvo
unas de otras en pos, los nuevos tiempos
cubren la tierra y rápidos sepultan
á los frágiles huéspedes de un día;
y no les sigue hasta su noche eterna
ni cetros, ni tesoros, ni coronas;
pasa á otro dueño lo que ayer fué suyo,
sin que osen levantarse á reclamarlo.



VANO es que ahora el decantado hechizo,
seductora mujer, muda contemples
y orle tu sién espléndida corona.
Un día tu rival, á quien humillas,
libre de ti, tus galas ostentando,
de ti se mofará, sin que te resten
ni odio, ni calumnias, ni belleza
con que abatir su miserable orgullo.

PARTIR debéis pues á partir vinisteis
que no hay aquí un hogar para vosotros;
partir debéis, donde la noche eterna
yace en negro silencio sepultada.
Yo romperé igualmente en sus umbrales
el regio arnés y del trabajo el yugo,
y el blando lazo del amor dichoso
y el cepo del dolor sin esperanza.

Yo hago una seña y súbito obedece
el indócil mortal... ¡qué más!... tu madre...
tu propia madre.... la que nunca pudo
¡oh huérfano infeliz! vivir sin verte,
siempre colgada de tu cuello, un día
partió en silencio sin mirar tu rostro
sin un adios.... Cuando á tu voz volaba,
hoy á tus quejas permanece muda.

Qué ha sido de tu amigo? ¿De tu hermano
qué fué? Cual se desliza y desparece
la tímida doncella, entre el bullicio
del baile, huyendo el importuno halago,
salió furtivo por oculta senda,
y cuando en torno vuelves sorprendido
la mirada en su busca, hallas tan sólo
callada soledad, honda tristeza.

Ay de él si röe su inmortal conciencia
el torcedor del mal!... Como en el suelo,
en la fosa os persigue á los que osados
escarnecéis la fe, burláis la patria,
violáis las leyes y mentís virtudes.
Si impune vida, vuestra audacia alienta,
vano será el luchar cuando de súbito
amenazante surja la venganza.

El dardo agudo que en los aires vibra,
calumnia infame ó ponzoñosa lengua
en el filo se embota de mi espada;
podrá tal vez inficionar el mundo
con su filtro infernal, mas nada pueden
sus iras contra mí; basta un puñado
de tierra vil, y la infamante boca
á perpetuo silencio es condenada.

ESCUDRIÑAD, mortales, vuestro pecho.
Con noble corazón y manos puras
mostraos ante Aquel, cuya mirada
lo oculto ve y lo ignorado sabe.
En el umbral de la espantosa puerta
á donde todos llamaréis un día,
el tremendo decreto se halla escrito:
Aquí entran todos, pero nadie sale.

Uno tras otro llamaréis á ella
sin padres, sin parientes, sin amigos.
Muere á lo lejos la amarilla tarde,
silencio y soledad invade en torno
naturaleza, preludiando el sueño,
y os entierran, os dejan, os olvidan.
Brilla de nuevo el sol; todo renace.....
pero vosotros no, y es para siempre.

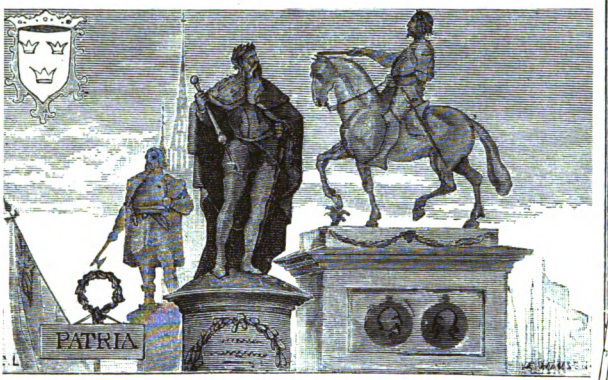
Y allí tu Dios te aguarda. Él ha fijado
la santa ley que el ánimo engrandece;
de tu desierto en la movible arena
el camino trazó firme y seguro.
Noble entusiasmo, ardor, viril constancia
te dió con que luchar, y en lo más hondo
del corazón, con inefable acento
te exhorta, te consuela, te reprende.

Oye su voz; en las nocturnas horas
cuando en su centro el alma se recoge,
y la amargura del vivir la anega,
suena amorosa y nuevo brío infunde;
oye su voz... su voz... que una esperanza
anuncia y premia el varonil esfuerzo;
si náufrago en la vida zozobraras
una mano hallarás que te socorra.

PUEDE tal vez el mundo, injusto ó necio,
con negra ingratitud y torpe envidia
desconocerte, ó la fortuna varia
huir de ti tras engañoso halago;
del humilde retiro, donde llores
su inconstancia y tu mal, nadie á la puerta
llamará sino Él, huésped eterno
del desdichado que abandona el mundo.

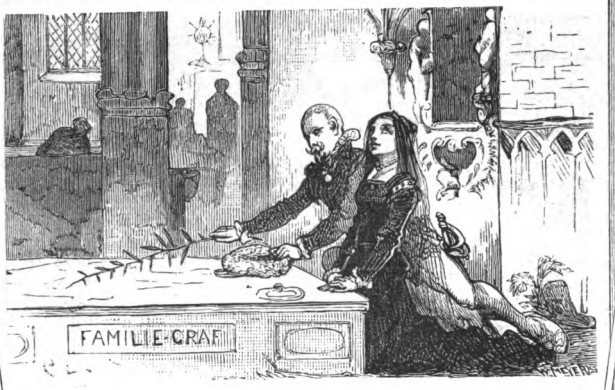
Haz bien á todos y al cuitado alivia
que depare la suerte en tu camino;
defiende la verdad, y en la demanda
muere en silencio, ó triunfa sin orgullo.
Y no la duda tu constancia enerve,
que es breve vuestra vida y ciego el hombre
y escabrosa la senda. ¡Cómo necio
el báculo soltar de la esperanza!

Dónde hallar sin la fe la fortaleza?
¿En dónde hallar la sangre generosa
que por el bien de las futuras gentes
los mártires arroja al sacrificio?
Arde la hoguera y centellea el hacha
y las arrostra impávido el sectario...
Sonrie Dios y la llameante pira
con nuevo ardor de vida abrasa el mundo.

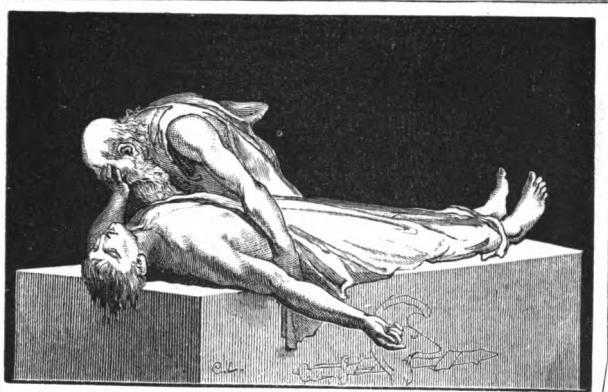


Qué fuera la virtud, si cual se apaga
chisporroteando el ascua entre ceniza,
en ceniza no más, se convirtiera
el corazón del hombre, todo fuego?
¡Hëroes que por la patria os inmolasteis,
genios sedientos de ideales dichas,
víctimas del dolor, ó la miseria,
alzaos y decid que no fué en vano!

Qué fuera del honor, por quien la vida,
la sangre toda derramáis gozosos,
si hallara el premio en el comprado fallo,
del estúpido vulgo ó de sus ídolos?
Más alto el galardón. El varón justo
en su propia conciencia se recoge;
del tiempo la asquerosa polvareda
ni enturbia el cielo, ni su honor enturbia.

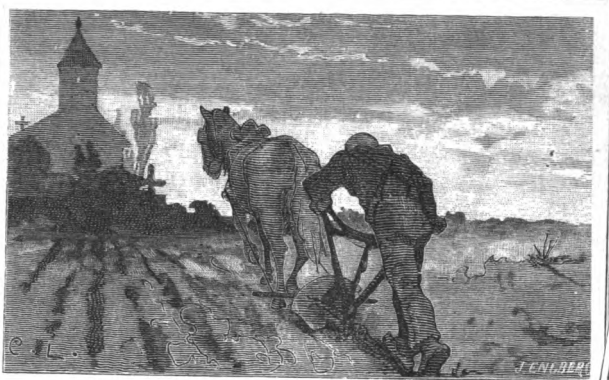


Qué fuera de la dicha? ¿Qué, del gozo
de amor, delicia intensa, alma del mundo?
Cadáver vivo su existencia arrastra
quien al sér que adoró vió en la agonía;
¡ay de él si no esperase! ¡Qué tormento
se igualaría al suyo! Fuera entonces
vuestra vida cruël, atroz sarcasmo
de un Dios infame, que á traición os burla.

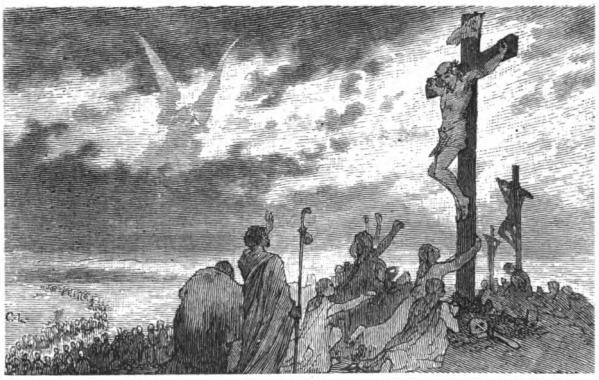


Decidle á quien estrecha entre sus brazos
del hijo tierno el pálido despojo,
desesperado, ronco, ebrio de angustia,
chorreando sangre el corazón, decidle
que para siempre fué. Negra blasfemia,
cual baba venenosa, de sus labios
escupirá violento y sus rugidos
la humanidad oyera consternada.

¡Mas Dios es el amor! Dulce consuelo
al corazón opreso, blando alivia.
Como en el surco el grano, que convierte
en miés dorada misterioso impulso,
los que en la fosa deponéis llorando
y con trémula mano enternecidos
cubrís de húmeda tierra, nuevamente
os verán y hablarán aún más dichosos.



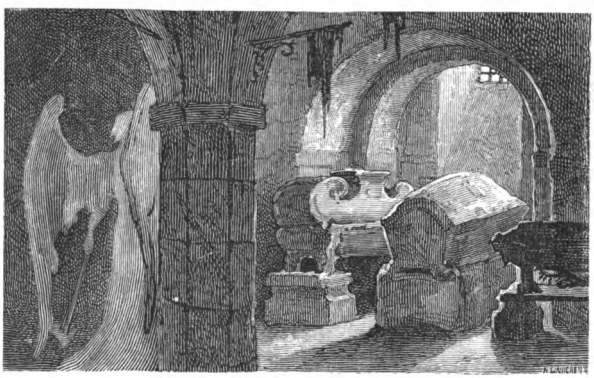
QUE en el seno de Dios, triste reclinan
la amorosa cabeza y reconfortan
en su invisible misterioso efluvio,
el hastiado espíritu, cual suele
el hálito primero de la noche
al labrador, rendido de fatiga,
acariciar la sudorosa frente
nuncio de paz en el hogar tranquilo.



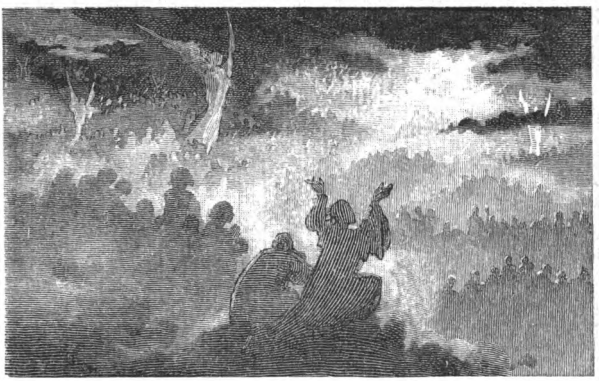
Dios en la cruz santificó la muerte,
y bajo el cielo inmenso de su gloria,
del mundo entero en la elevada cumbre,
al mundo abrió los amorosos brazos.
De entonces á sus piés, cuantos han sido
van á espirar de la tristeza al peso
y cuantos sean seguirán sus huellas
exhalando á sus piés la inútil vida.

Y allí su carga depondrá por siempre
quien con ánimo noble y fe sincera
sediento de verdad y de justicia,
de amor en vano se abrasó en el mundo.
No más la duda tras inciertos juicios,
no más la ingratitud tras la limosna,
no más el desencanto tras la ardiente
breve fascinación del bien soñado.

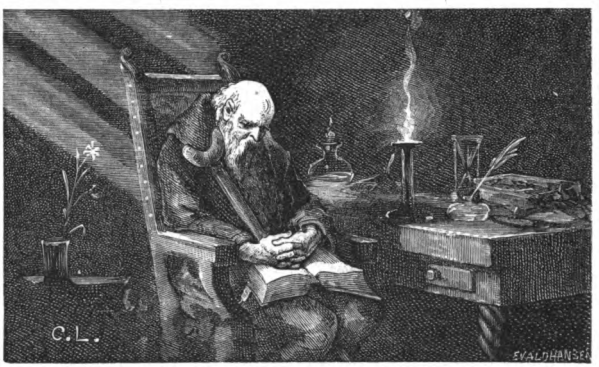
Heliz aquel que la existencia entera
cifró en tal alto dón, y breves dichas,
flores de un día sin color ni aroma,
no perturbaron nunca sus sentidos.
Cesó el sufrir, y el llanto y el anhelo
angustioso, mortal, cesó.... sonríe
la hora cercana, y trémulos de dicha,
desvanecidos cäen en mis brazos.



Y al fin descansa el fatigado cuerpo
donde entibia la luz sus resplandores
y se apaga en las sombras temeroso
del loco mundo el colosal zumbido;
yace sin forma, en su mudez, sublime,
cual roto leño que el naufragio arroja,
y recuerda pudriéndose en la playa
el revuelto vaivén del oleaje.



El alma, en tanto, á su region primera
tiende gozosa el reprimido vuelo;
arrebatada chispa centelleante
que libre cruza el inflamado espacio,
rauda avecilla, imperceptible mancha
sobre el sereno azul, dominadora
de ingentes astros, por un mar de fuego
rozando apenas las fulgentes alas.



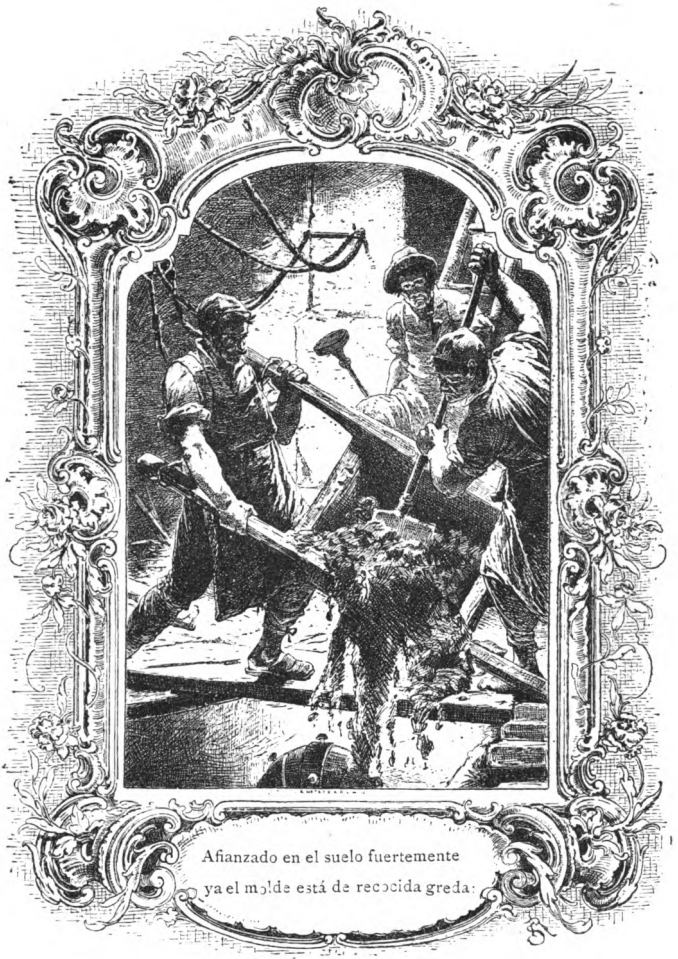
PIÉLAGO inmenso, inmensurable espacio,
único espacio que concibe el hombre
y con terror augusto que anonada
un punto la razón mira y sondea,
que allá en silencio, en las nocturnas horas,
cuando inquiere afanoso qué es la vida
sólo lo eterno, lo infinito sólo
calma su angustia ó de pavor le hiela.

BELLEZA eterna, inmarcesible, pura
que arroba y enagena, sin las sombras
del tedio ingrato, ó la tristeza vaga
que al alma infunde terrenal belleza;
más limpio el cielo, más sereno el aire,
más vívida la luz, más anchurosos,
allá tendiendo su infinita línea,
los diáfanos dormidos horizontes.

Fin del dolor, y renaciente vida,
donde el alma reposa transformada
y el que ansïó saber, lo sabe todo,
y el que ansïaba amar, ama por siempre,
y halla justicia quien ardiente y noble
anhelante «¡justicia!» iba clamando;
único hogar para que sois nacidos;
soñar con él un punto os engrandece.

Allí, tan sólo allí, mi reino acaba;
cae mi espada de implacable mano,
muere el tiempo en mis brazos, y sonriente
vuestra ventura en contemplar me gozo.
¿Cuándo del mundo la armonía, rota,
la efímera existencia suspendida,
podré á mi vez con apacible vuelo
junto al trono de Dios plegar las alas?

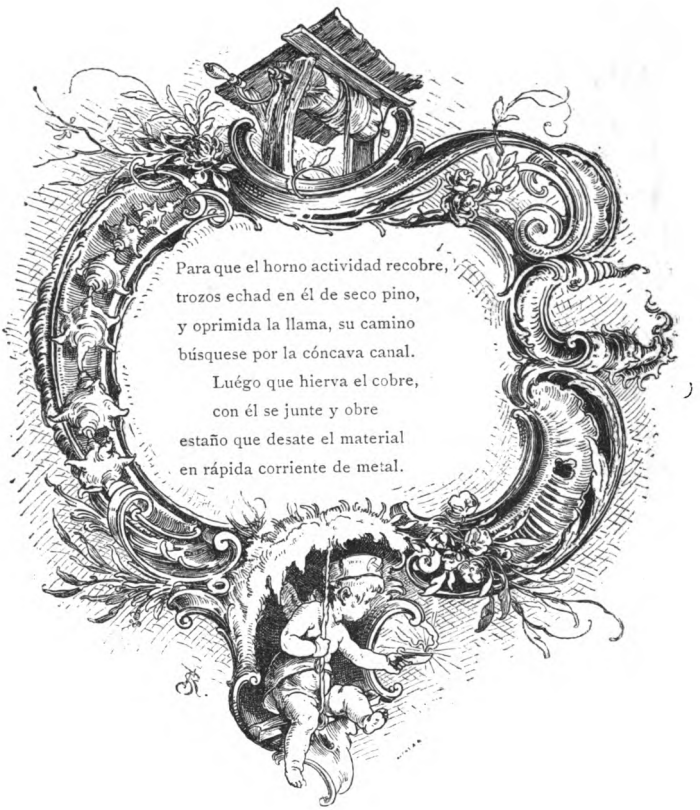
CANCIÓN
DE LA
CAMPANA
VIVOS VOCO. MORTUOS PLANGO. FULGURA FRANGO.



Afianzado en el suelo fuertemente
ya el molde está de recocida greda:

hoy fabricada la campana queda:
obreros, acudid á la labor.
Sudor que brote ardiente
inunde nuestra frente;
que si el cielo nos presta su favor,
la obra será renombre del autor.

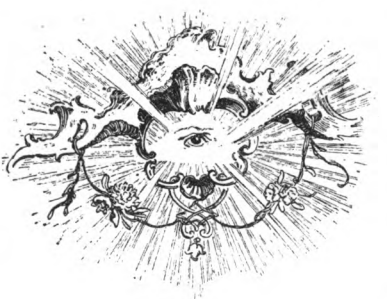
Á la grave tarea que emprendemos
razonamiento sólido conviene:
gustoso y fácil el trabajo corre
cuando sesuda plática se tiene.
Los efectos aquí consideremos
de un leve impulso á la materia dado:
de racional el título se borre
al que nunca en sus obras ha pensado.
Joya es la reflexión ilustre y rica,
y dióse al hombre la razón á cuenta
de que su pecho con ahinco sienta
cuanto su mano crea y vivifica.



Para que el horno actividad recobre,
trozos echad en él de seco pino,
y oprimida la llama, su camino
búsquese por la cóncava canal.
Luégo que hierva el cobre,
con él se junte y obre
estaño que desate el material
en rápida corriente de metal.

Esa honda taza que la humana diestra
forma en el hoyo manejando el fuego,
en alta torre suspendida luégo
pregón será de la memoria nuestra.

Vencedora del tiempo más remoto
y hablando á raza y raza sucesiva,
plañirá con el triste compasiva,
pía rogando con el fiel devoto.
El bien y el mal que en variedad fecundo
lance sobre el mortal destino sabio,
herido el bronce del redondo labio
lo anunciará con majestad al mundo.
Blancas ampollas elevarse he visto.
En buena hora: la masa se derrite.
La sal de la ceniza precipite
ahora la completa solución.
Fuerza es dejar el misto
de espuma desprovisto:
purificada así la fundición,
claro el vaso ha de dar y lleno el són.



Él con el toque de festivo estruendo
solemniza del niño la venida,
que á ciegas entra en la vital carrera,
quieto en la cuna plácida durmiendo.

En el seno del tiempo confundida
su suerte venidera,
mísera ó placentera,
yace para el infante;
pero el amor y maternal cuidado
colman de dicha su dorada aurora.
En tanto como flecha voladora
van huyendo los años adelante.

Ya esquivo y arrogante
el imberbe doncel huye del lado
de la niña gentil cuando él nacida,

y al borrascoso golfo de la vida
lanzándose impaciente,
con el báculo se arma del viajero,
vaga de tierra en tierra diferente,
y al techo paternal vuelve extranjero.

En juventud allí resplandeciente,
y á un ángel igualándose de bella,
luégo á sus ojos brilla
la cándida doncella,
púrpura rebosando su mejilla.
Insólito deseo
el pecho entonces del mancebo asalta:
ya entre la soledad busca el paseo,
ya de los ojos llanto se le salta,
ya fugitivo del coloquio rudo
de antiguos compañeros, que le enoja,
desde lejos le sigue con vergüenza
el paso á la beldad: sólo un saludo
mil placeres le inspira;
y de sus galas el verjel despoja
para adornar la recogida trenza
del caro bien por cuyo amor suspira.

En aquel anhelar tierno, incesante,
con aquella esperanza dulce y pura,
ve los cielos abiertos el amante,
y anégase en abismos de ventura.
¡Ay! ¿por qué han de pasar tan de ligero
los bellos días del amor primero?

Esos cañones negrear miramos:
pértiga larga hasta la masa cale;
que si de vidrio revestida sale,
no habrá para fundir dificultad.
¡Sús! compañeros, vamos,
y pruebas obtengamos
de que hicieron pacífica hermandad
los metales de opuesta calidad.

Sí, que del justo enlace de fuerza y de blandura,
de rigidez al par y de ternura, la armonía cabal se engendra y nace.

Mire quien votos perdurables hace
si con su corazón cuadra el que elige;
que la grata ilusión momentos dura,
y el pesar del error eterno aflige.
Asienta bien sobre el cabello hermoso
de la virgen modesta
la corona nupcial que la engalana,
cuando con golpe y són estrepitoso
convoca la campana
de alegre boda á la brillante fiesta;
mas día tan feliz y placentero
del abril de la vida es el postrero;
que al devolver los cónyuges al ara
vela y venda sutiles,
con ellos de su frente se separa
la ilusión de los goces juveniles.
Rinde al cariño la pasión tributo;
marchítase la flor, madura el fruto.
Desde allí entra el varón en lid constante:
verásele afanado y anhelante
pretender, conseguir; vereis que osado
con cien y cien obstáculos embiste
para que su tesón el bien conquiste.

Entonces de abundancia rodeado
se encontrará, que por doquier le llega:
su troj rebosa de preciosos dones;
crecen sus posesiones,
y la morada que heredó se agranda,
en cuyo íntimo círculo despliega
su celo cuidadosa
la vigilante madre, casta esposa.
Ella en el reino aquél prudente manda;
reprime al hijo y á la niña instruye:
nunca pára su mano laboriosa,
cuyo ordenado tino
en rico aumento del caudal refluye.
De esa mano, que le hace en remolino
al torno girador zumbar sonoro,
brota el hilo y al huso se devana:
ella el arca olorosa llena de oro;
ella los paños de escogida lana,
ella la tela de nevado lino
custodia en el armario, que luciente
mantiene la limpieza;
ella une el esplendor á la riqueza,
y al ocio junto á sí jamás consiente.

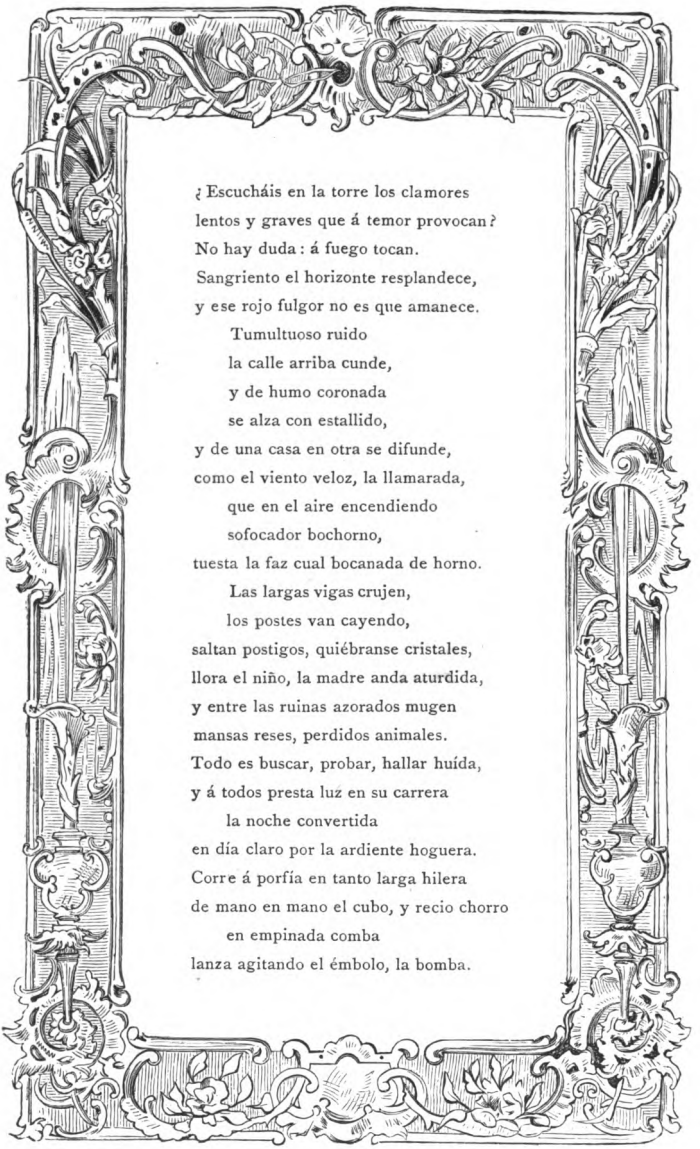
El padre en esto, sonriendo ufano
desde alto mirador sobre la casa,
que deja registrar tendido llano,
de sus bienes el número repasa.

El árbol corpulento
ve de crecidas pomas agobiado;
su granero contempla apuntalado,
y en densas olas al batir del viento
moviendo las espigas el sembrado.
Y atrévese á exclamar con vanagloria:
« Tan firme como el mismo fundamento
que sostiene la mole de la tierra,
fuerte contra el poder de la desgracia
me hace el tesoro que mi techo encierra. »
¡ Oh esperanza ilusoria !
¿ Cuál poder eficacia
contra el destino tiene ?
No hay lazo que sus vuelos encadene,
y antes de prevenir con el amago,
se nos presenta el mal con el estrago.

Bien se parte la escoria recogida:
ya principiar la fundición se puede;
mas antes que la masa libre ruede,
récese una plegaria con fervor.
Dad al metal salida.
¡Dios un destrozo impida!—
Río humeante, negro de color,
se abisma en la canal abrasador.
Es el fuego potencia bienhechora
Mientras la guía el hombre y bien la emplea;
que á su fuerza divina auxiliadora
deudor entonces es de cuanto crea;
pero plaga se vuelve destructora
cuando una vez de sus cadenas franca,
por la senda que elige libre arranca,
y avanza con fiereza,
salvaje de cruel naturaleza.

¡Ay si sacude el freno y ya no hallando
quien resista sus ímpetus violentos,
en apiñada población derrama
incendio asolador inmensa llama!
Guardan los elementos
rencor á los humanos monumentos.

La misma nube cuyo riego blando
los perdidos verdores
devuelve á la pradera que fecunda,
rayos también arroja furibunda.—



¿Escucháis en la torre los clamores
lentos y graves que á temor provocan?
No hay duda: á fuego tocan.
Sangriento el horizonte resplandece,
y ese rojo fulgor no es que amanece.
Tumultuoso ruido
la calle arriba cunde,
y de humo coronada
se alza con estallido,
y de una casa en otra se difunde,
como el viento veloz, la llamarada,
que en el aire encendiendo
sofocador bochorno,
tuesta la faz cual bocanada de horno.
Las largas vigas crujen,
los postes van cayendo,
saltan postigos, quiébranse cristales,
llora el niño, la madre anda aturdida,
y entre las ruinas azorados mugen
mansas reses, perdidos animales.
Todo es buscar, probar, hallar huída,
y á todos presta luz en su carrera
la noche convertida
en día claro por la ardiente hoguera.
Corre á porfía en tanto larga hilera
de mano en mano el cubo, y recio chorro
en empinada comba
lanza agitando el émbolo, la bomba.

Mas viene el huracán embravecido:
el incendio recibe su socorro
con bárbaro bramido,
y ya más inhumano
cae sobre el depósito indefenso
donde en gavilla aún se guarda el grano,
donde se hacina resecado pienso;
y cebado en aristas y maderas,
gigante se encarama á las esferas,
como en altivo alarde
de querer mientras arde
no dejar en el globo en que hace riza
sino montes de escombros y ceniza.
El hombre en esto ya sin esperanza,
se rinde al golpe que á parar no alcanza,
y atónito cruzándose de brazos,
ve sus obras yacer hechas pedazos.

Desiertos y abrasados paredones
quedan allí, desolador vacío,
juguete ya del aquilón bravío,
sin puertas y sin marco los balcones,
bocas de cueva son de aspecto extraño,
y el horror en su hueco señorea,
mientras allá en la altura se recrea
tropel de nubes en mirar el daño.

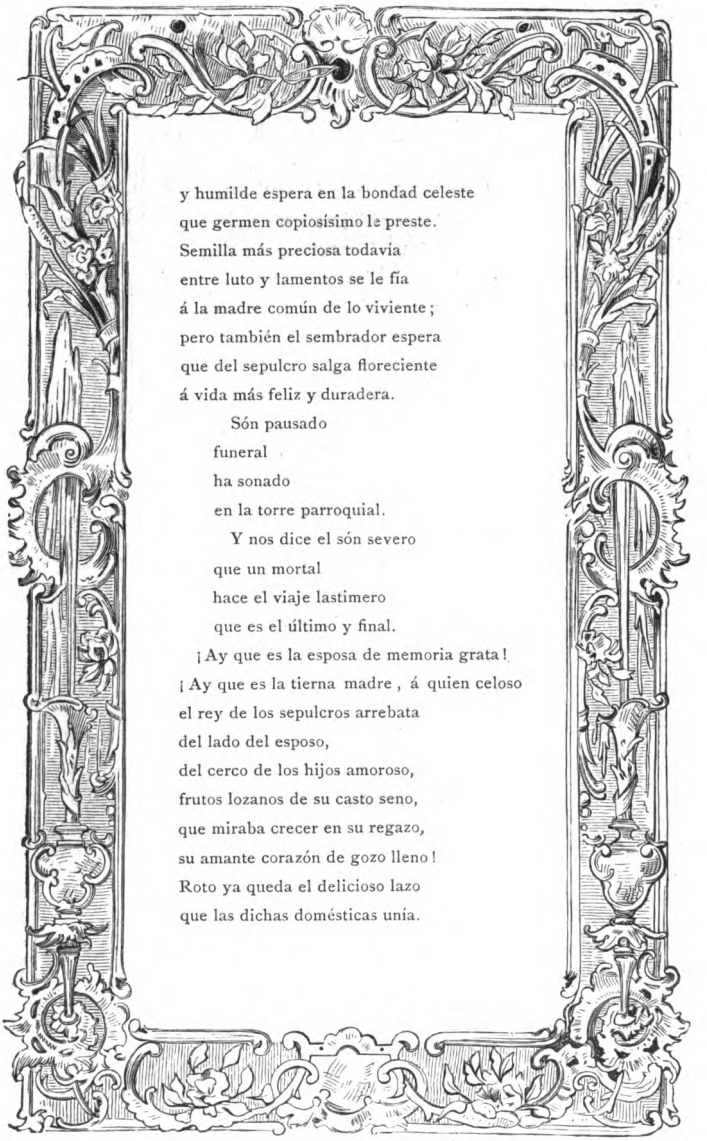
Vuelve el hombre los ojos
por la postrera vez á los despojos
del esplendor pasado,
y el bastón coge luégo de viandante
sonriendo tranquilo y resignado.
Consuelo dulce su valor inflama:
el fuego devorante
le privó de su próspera fortuna;

mas cuenta y ve que de las vidas que ama
no le faltó ninguna.

El líquido en la tierra se ha sumido;
el molde se llenó dichosamente:
¡Ojalá á nuestra vista se presente
obra que premie el arte y el afán!
¿Si el bronce se ha perdido?
¿Si el molde ha perecido?
Nuestras fatigas esperanza dan;
mas ¡ay! ¡si destruídas estarán!

Al seno tenebroso
de la próvida tierra confiamos
la labor cuyo logro deseamos.

Así con fe sencilla
confía el campesino laborioso
al surco la semilla,



y humilde espera en la bondad celeste
que germen copiosísimo le preste.
Semilla más preciosa todavía
entre luto y lamentos se le fía
á la madre común de lo viviente;
pero también el sembrador espera
que del sepulcro salga floreciente
á vida más feliz y duradera.

Són pausado
funeral
ha sonado
en la torre parroquial.

Y nos dice el són severo
que un mortal
hace el viaje lastimero
que es el último y final.

¡Ay que es la esposa de memoria grata!
¡Ay que es la tierna madre, á quien celoso
el rey de los sepulcros arrebata
del lado del esposo,
del cerco de los hijos amoroso,
frutos lozanos de su casto seno,
que miraba crecer en su regazo,
su amante corazón de gozo lleno!
Roto ya queda el delicioso lazo
que las dichas domésticas unía.

La esposa habita la región sombría;
falta al hogar su diligente brazo
siempre al trabajo presto,
su cuidado, su aliño;
falta la madre, y huérfano su puesto,
lo usurpará una extraña sin cariño.
En tanto que se cuaja en sus prisiones
el vertido metal, no se trabaje,
y libre como el ave en el ramaje,
satisfaga su gusto cada cual,
si al toque de oraciones,
libre de obligaciones
ve los astros lucir el oficial,
sigue el maestro con tarea igual.
Cruza con ágil pié la selva espesa,
gozoso ya el peón, bien cual ausente
que al patrio techo próximo se siente.

Abandona el ganado la dehesa,
y en són discorde juntan
el cordero su tímido balido,
y el áspero mugido

la lucia vaca de espaciosa frente,
caminando al establo que barruntan.
Á duras penas llega
atestado de miés á la alquería
bamboleando el carro; y en los haces
una corona empínase y despliega
colores diferentes y vivaces,
fausta señal de que empezó la siega.

El pueblo agricultor con alegría
se agolpa al baile y al placer se entrega.

La ciudad mientras tanto se sosiega,
según desembaraza
el gentío las calles y la plaza,
formando en amigable compañía
las familias el corro de costumbre,
ya en torno de la luz, ya de la lumbre.
Cierra la puerta de la villa el guarda,
y ella cruje al partir del recio muro.
La tierra se encapota en negro manto;
pero el hombre de bien duerme seguro.
No la sombra nocturna le acobarda
como al vil criminal, ni con espanto
pesadilla horrorosa le desvela;
no: de reposo regalado y puro
disfruta la virtud: un centinela,
la previsora LEY, su sueño vela.

¡Preciosa emanación del Sér Divino,
salud de los mortales, orden santo!
Mi labio te bendiga.
La estirpe humana que á la tierra vino
en completa igualdad, por ti se liga
con vínculo feliz, que sin quebranto
guarda á todos su bien. Tú solo fuiste
quien allá en la niñez de las edades
los cimientos echó de las ciudades:
tú al salvaje le hiciste
dejar la vida montaraz y triste:
tú en la grosera prístina cabaña
penetraste á verter el dulce encanto
que á las costumbres cultas acompaña:
tú creaste ese ardor de precio tanto,
ese AMOR DE LA PATRIA sacrosanto.

Por ti mil brazos en alegre alianza
reconcentran su fuerza y ardimiento,
y á un punto dirigida su pujanza,
cobra la industria raudo movimiento.
Maestro y oficial en confianza
de que les da la libertad su escudo,
redoblan el ardor de sus afanes;
y cada cual contento
con el lugar que conquistarse pudo,
fieros desprecian con desdén sañudo
la mofa de los ricos haraganes.
Es la fuente del bien del ciudadano,
es su honor el trabajo y su ornamento.
¡ Gloria á la majestad del soberano !
¡ Gloria al útil sudor del artesano !

Paz y quietud benigna,
unión consoladora,
sed de estos muros siempre
benéfica custodia.

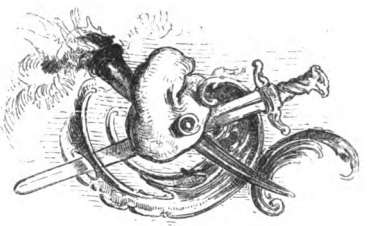
Nunca amanezca el día
en que enemigas hordas
perturben el reposo
de que este valle goza.

Nunca ese cielo puro
que plácida colora
la tarde con matices
de leve tinta roja,
refleje con la hoguera
terrible y espantosa
de un pueblo que devasta
la guerra matadora.

Esa fábrica endeble y pasajera,
fuerza es, pues ya sirvió, que se destroce;
y ojos y corazón nos alboroce
obra que salga limpia de lunar.
Recio el martillo hiera:
salte la chapa entera.
La campana veréis resucitar,
cayendo su cubierta circular.

Sabe con segura mano,
sabe en momento oportuno
romper el maestro el molde
cuya estructura dispuso;
mas ¡ay si el líquido ardiente
quebranta indómito el yugo,
y en vivo raudal de llama
discurre al antojo suyo!
Con el bramido del trueno,
con ciego y bárbaro impulso,
estalla, y la angosta cárcel
quiebra en pedazos menudos;
y cual si fuese una boca
de los abismos profundos,
estragos tan sólo deja
en el lugar donde estuvo.
Que fuerza á quien no dirige
la inteligencia su rumbo,
no en creaciones, en ruinas
emplea su empuje rudo,
cual pueblo que se subleva,
en cuyo feroz tumulto
desgracias hay para todos
y bienes para ninguno.

Horrible es en las ciudades
donde hacinado y oculto
sedicioso combustible
largamente se mantuvo,
verlo de repente arder,
y alzarse un pueblo iracundo,
rompiendo en propia defensa
hierros de dominio injusto.
Entonces la rebelión
dando feroces aullos,
del tiro de la campana
se suspende por los puños,
y el pacífico instrumento,
órgano grave del culto,
da profanada la seña
del atropello y distûrbio.



La LIBERTAD, la IGUALDAD
se proclama en grito agudo;
y el tranquilo ciudadano
cierra el taller y el estudio,
y échase encima las armas,
zozobroso y mal seguro.

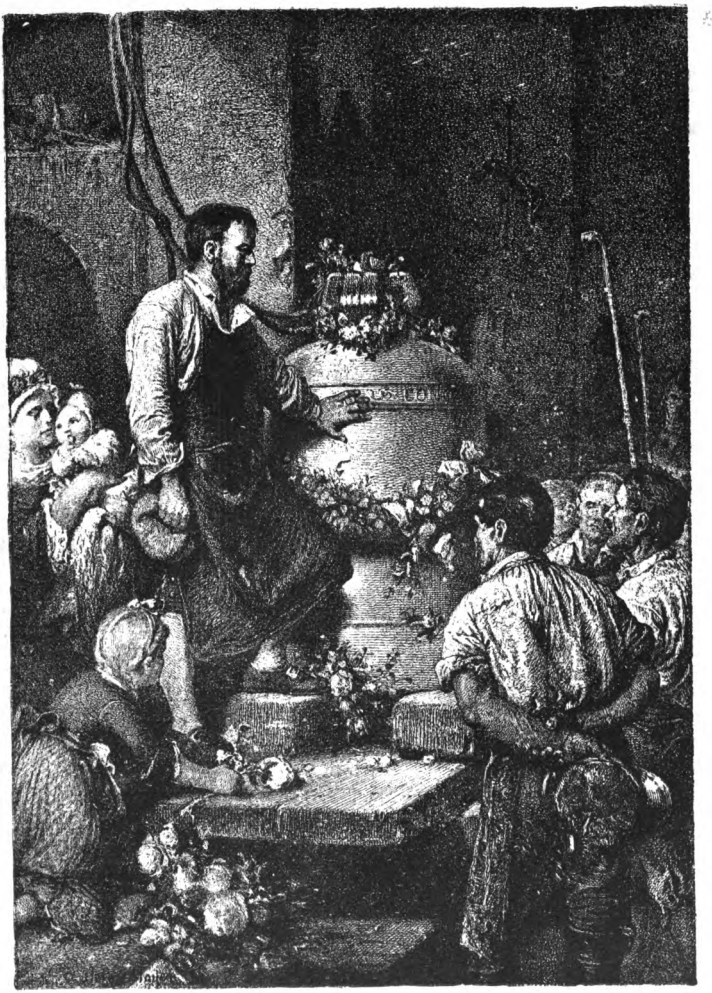
Los pórticos y las calles
se llenan de inmenso vulgo,
libres vagando por ellas
los asesinos en grupos.
Revístense las mujeres
de la fiereza del bruto,
y al terror de la matanza
unen la befa, el insulto,
y con dientes de pantera
despedazan en un punto
el corazón palpitante
del contrario aún no difunto.

Desaparece el respeto; el bueno cede el lugar
nada es ya sacro ni augusto: al malvado inverecundo;

y los vicios y los males
entronizándose juntos,
envanecidos pasean
la carroza de su triunfo.
Peligroso es inquietar
el sueño al león sañudo;
terrible es el corvo diente
del tigre ágil y robusto;
mas no hay peligro más grande
ni de terror más profundo,
que el frenesí de los hombres
poblador de los sepulcros.
¡Mal haya quien en las manos
al ciego la luz le puso!
Á él no le alumbra, y con ella
se puede abrasar el mundo.

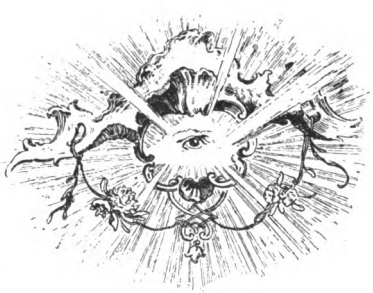
¡Ah! nos oyó la celestial grandeza,
ved salir de la rústica envoltura,
como dorada estrella que fulgura,
terso y luciente el vaso atronador.
Del borde á la cabeza
relumbra con viveza,
y el escudo estampado con primor
deja contento al hábil escultor.

Acudid en tropel, compañeros,
y según la costumbre cristiana,
bauticemos aquí la campana,
y CONCORDIA por nombre tendrá.
Para amarnos, al mundo venimos;
y es la unión la ventura del hombre:
con su voz la campana y su nombre
de esa unión pregonera será.



Que ese es el futuro empleo,
ese es el fin para el cual
el artífice su autor
la ha querido fabricar.
Levantada sobre el valle
de la vida terrenal,
en medio del éter puro
suspensa debe quedar;
y vecina de las nubes
que engendran la tempestad,
y rayando en los confines
de la región sideral,
habrá de ser desde allí
una voz divina más
que alterne con las estrellas,
que en su giro regular
la gloria de Dios pregonan
y leyes al año dan.

Sólo pensamientos graves
inspire á la humanidad,
cuando con sonoro acento
mueva el labio de metal.
Sirva al tiempo y al destino
de lengua para contar
la rapidez de las horas
y el curso del bien y el mal;
siguiendo siempre, aunque agena
de sentir gozo y piedad,
las mudanzas que en la vida
se suceden sin cesar.



El propio sonido suyo,
cuyo armónico raudal
pujante el espacio llena
y se oye y pasa fugaz,
imagen es que nos dice
que así presuroso va
todo en la tierra á perderse
en la inmensa eternidad.

Ahora con el cable retorcido
salga del foso ya,

y ascienda á las regiones del sonido,
al aire celestial.
Tirad, alzad, subid. Ya se ha movido;
ya suspendida está.—
¡Resuene, oh patria, su primer tañido
con la gozosa nueva de la PAZ!

Epistole
Morale
1532

SOBRE LA VIDA DEL FILÓSOFO.

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más astuto nacen canas.

El que no las limare ó las rompiere,
ni el nombre de varón ha merecido,
ni subir al honor que pretendiere.

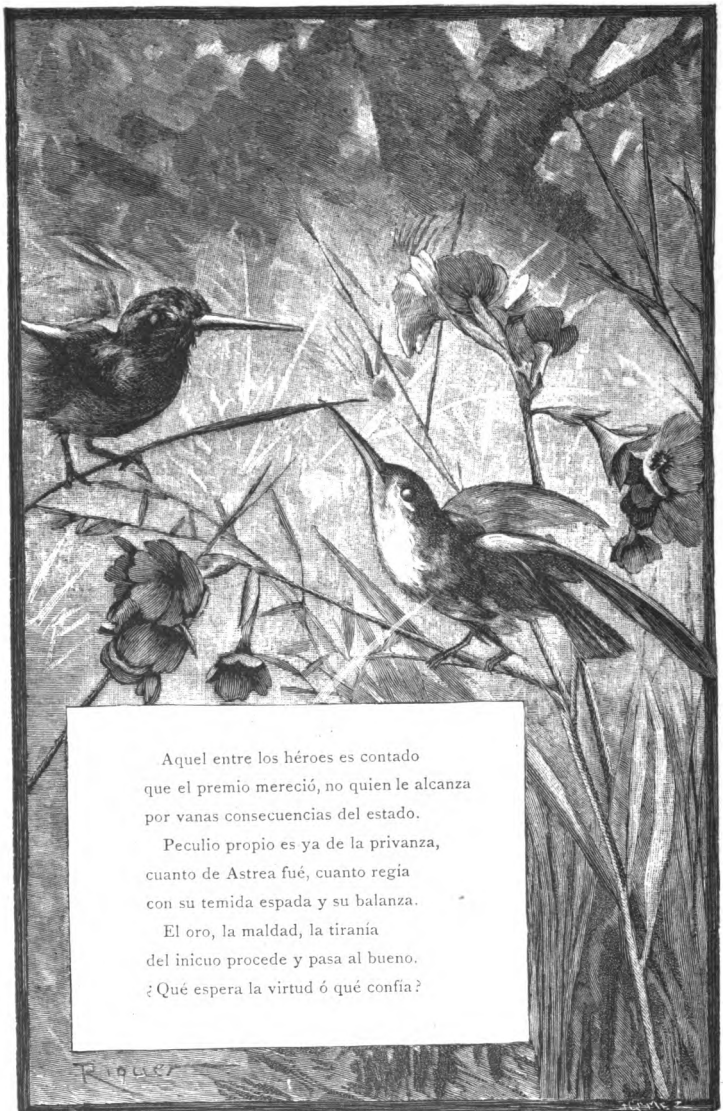
El ánimo plebeyo y abatido
elija, en sus intentos temeroso,
primero estar suspenso que caído;

Que el corazón entero y generoso
al caso adverso inclinará la frente
antes que la rodilla al poderoso.

Más triunfos, más coronas dió al prudente
que supo retirarse, la fortuna,
que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasión terrible é importuna
de contrarios sucesos nos espera
desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar como á la fiera
corriente del gran Betis, cuando airado
dilata hasta los montes su ribera.



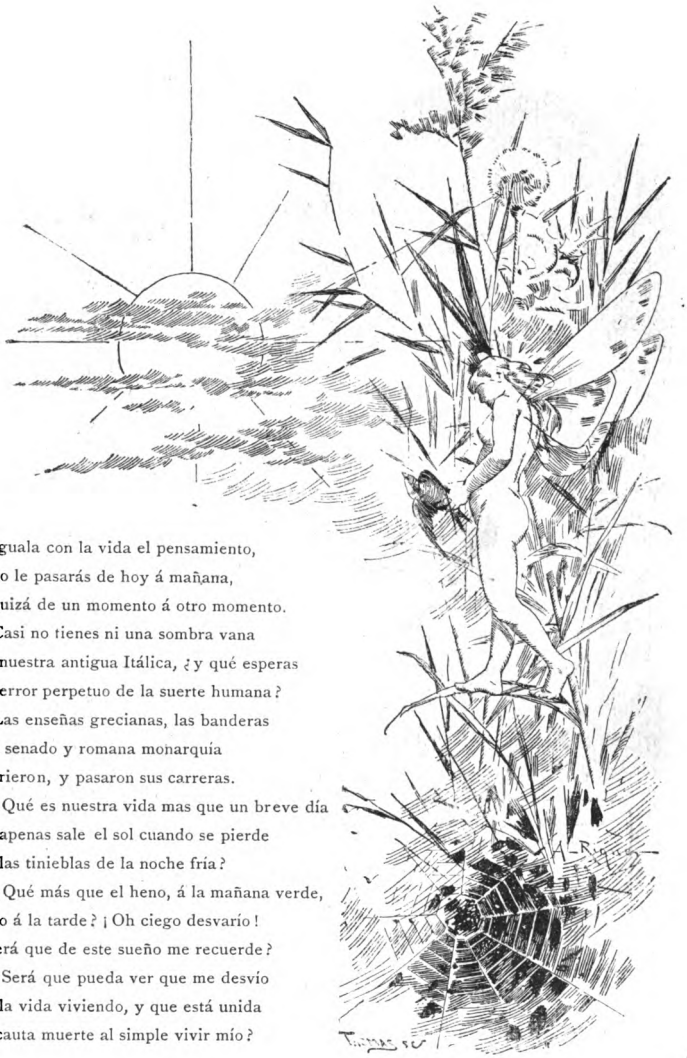
Aquel entre los héroes es contado
que el premio mereció, no quien le alcanza
por vanas consecuencias del estado.

Peculio propio es ya de la privanza,
cuanto de Astrea fué, cuanto regía
con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía
del inicuo procede y pasa al bueno.
¿Qué espera la virtud ó qué confía?

Ven y reposa en el materno seno
de la antigua Romúlea, cuyo clima
te será más humano y más sereno;
Á donde por lo menos, cuando oprima
nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
« blanda le sea,» al derramarla encima;
Donde no dejarás la mesa ayuno
cuando te falte en ella el pece raro
ó cuando su pavón nos niegue Juno.
Busca pues el sosiego dulce y caro,
como en la oscura noche del Egeo
busca el piloto el eminente faro;
Que si acortas y ciñes tu deseo,
dirás: « lo que desprecio he conseguido;
que la opinión vulgar es devaneo.»
Más precia el ruiseñor su pobre nido
de pluma y leves pajas, más sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
de algún príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.

Triste de aquel que vive destinado
á esa antigua colonia de los vicios,
augur de los semblantes del privado.
Cese el ansia y la sed de los oficios;
que acepta el dón y burla del intento
el ídolo á quien haces sacrificios.



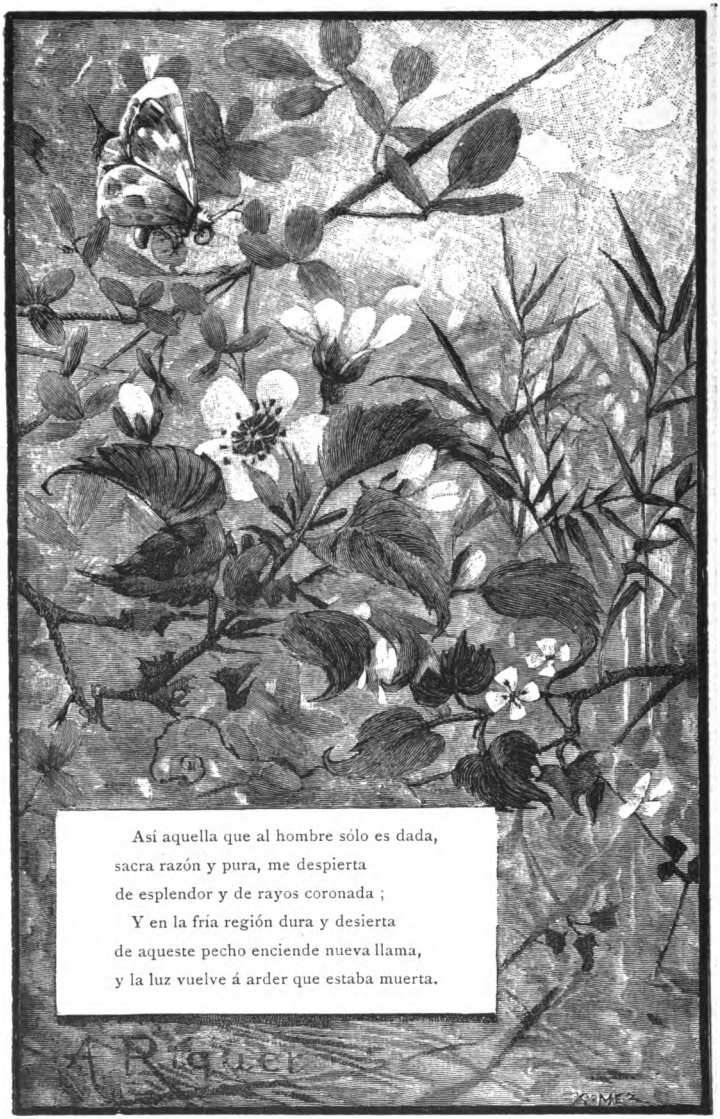
Iguala con la vida el pensamiento,
y no le pasarás de hoy á mañana,
y quizá de un momento á otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
de nuestra antigua Itálica, ¿y qué esperas
oh error perpetuo de la suerte humana?
Las enseñas grecianas, las banderas
del senado y romana monarquía
murieron, y pasaron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida mas que un breve día
do apenas sale el sol cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría?
¿Qué más que el heno, á la mañana verde,
seco á la tarde? ¡Oh ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde?
¿Será que pueda ver que me desvío
de la vida viviendo, y que está unida
la cauta muerte al simple vivir mío?

Como los ríos, que en veloz corrida
se llevan á la mar, tal soy llevado
al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad ¿qué me ha quedado?
Ó ¿qué tengo yo, á dicha, en la que espero,
sin ninguna noticia de mi hado?
¡ Oh, si acabase, viendo cómo muero,
de aprender á morir antes que llegue
aquel forzoso término postrero ;

Antes que aquesta miés inútil siegue
de la severa muerte dura mano,
y á la común materia se la entregue!
Pasáronse las flores del verano,
el otoño pasó con sus racimos,
pasó el invierno con sus nieves cano;
Las hojas que en las altas selvas vimos
cayeron, ¡y nosotros á porfía
en nuestro engaño inmóviles vivimos!
Temamos al Señor que nos envía
las espigas del año y la hartüra,
y la temprana pluvia y la tardía.
No imitemos la tierra siempre dura
á las aguas del cielo y al arado,
ni la vid, cuyo fruto no madura.

¿Piensas acaso tú que fué criado
el varón para rayo de la guerra,
para sulcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra
y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!
Esta nuestra porción, alta y divina,
á mayores acciones es llamada
y en más nobles objetos se termina.



Así aquella que al hombre sólo es dada,
sacra razón y pura, me despierta
de esplendor y de rayos coronada ;
Y en la fría región dura y desierta
de aqueste pecho enciende nueva llama,
y la luz vuelve á arder que estaba muerta.

Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
y callado pasar entre la gente,
que no afecto á los nombres ni la fama.
El soberbio tirano del Oriente,
que maciza las torres de cien codos
del cándido metal puro y luciente,
Apenas puede ya comprar los modos
del pecar; la virtud es más barata,
ella consigo misma ruega á todos.
¡Pobre de aquel que corre y se dilata
por cuantos son los climas y los mares,
perseguidor del oro y de la plata!
Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve,
que no perturben deudas ni pesares.
Esto tan solamente es cuanto debe
naturaleza al simple y al discreto
y algún manjar común, honesto y leve.
No, porque así te escribo, hagas conceto
que pongo la virtud en ejercicio;
que aun esto fué difícil á Epiteto.

Basta al que empieza aborrecer el vicio,
y el ánimo enseñar á ser modesto;
después le será el cielo más propicio.
Despreciar el deleite no es supuesto
de sólida virtud; que aun el vicioso
en sí propio le nota de molesto;

Mas no podrás negarme cuán forzoso
este camino sea al alto asiento,
morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento
aquella inteligencia que mensura
la duración de todo á su talento.

Flor la vimos primero hermosa y pura,
luégo materia acerba y desabrida,
y perfecta después, dulce y madura;

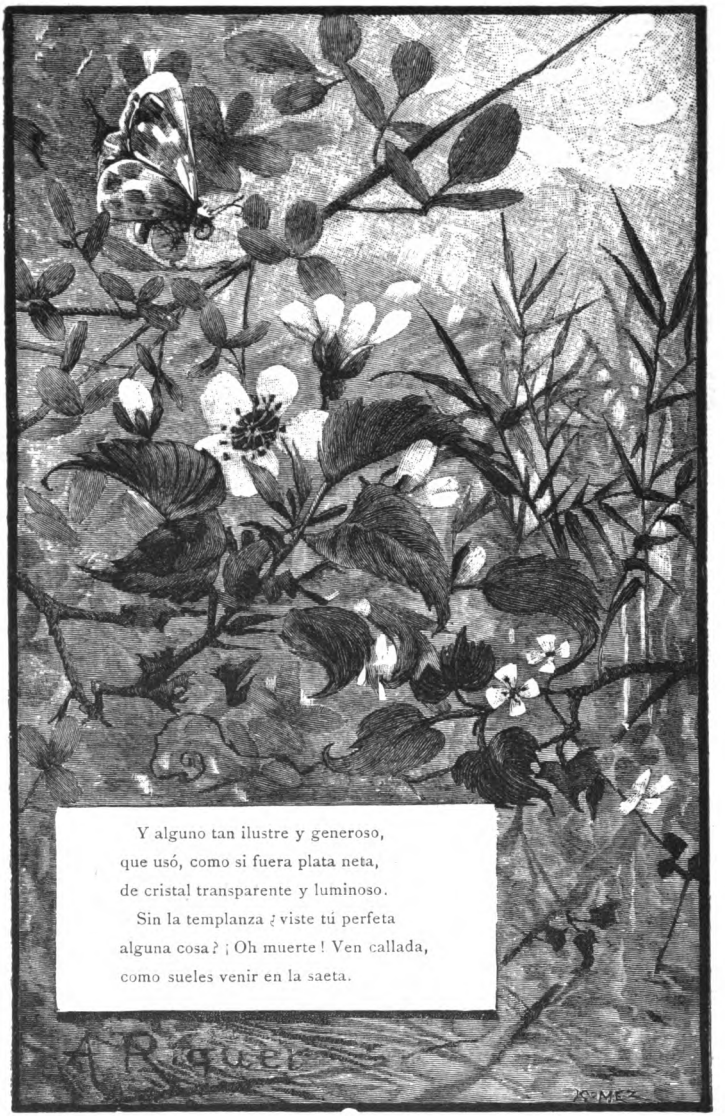
Tal la humana prudencia es bien que mida
y dispense y comparta las acciones
que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones
que gritan en las plazas macilentos,
de la virtud infames histriones;

Estos inmundos trágicos, atentos
al aplauso común, cuyas entrañas
son infectos y oscuros monumentos.

¡ Cuán callada que pasa las montañas
el aura, respirando mansamente !
¡ Qué gárrula y sonante por las cañas !
¡ Qué muda la virtud por el prudente!
¡ Qué redundante y llena de ruido
por el vano, ambicioso y aparente !
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
en las costumbres sólo á los mejores,
sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
en nuestro traje, ni tampoco sea
igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,
un estilo común y moderado,
que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
hubo ya quien bebió tan ambicioso
como en el vaso Mürino preciado;
FUSTÉ


Y alguno tan ilustre y generoso,
que usó, como si fuera plata neta,
de cristal transparente y luminoso.
Sin la templanza ¿viste tú perfeta
alguna cosa? ¡Oh muerte! Ven callada,
como sueles venir en la saeta.
A. Riquer
J. GOMEZ

No en la tonante máquina preñada
de fuego y de rumor; que no es mi puerta
de doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta
su esencia la verdad, y mi albedrío
con ella se compone y se concierta.

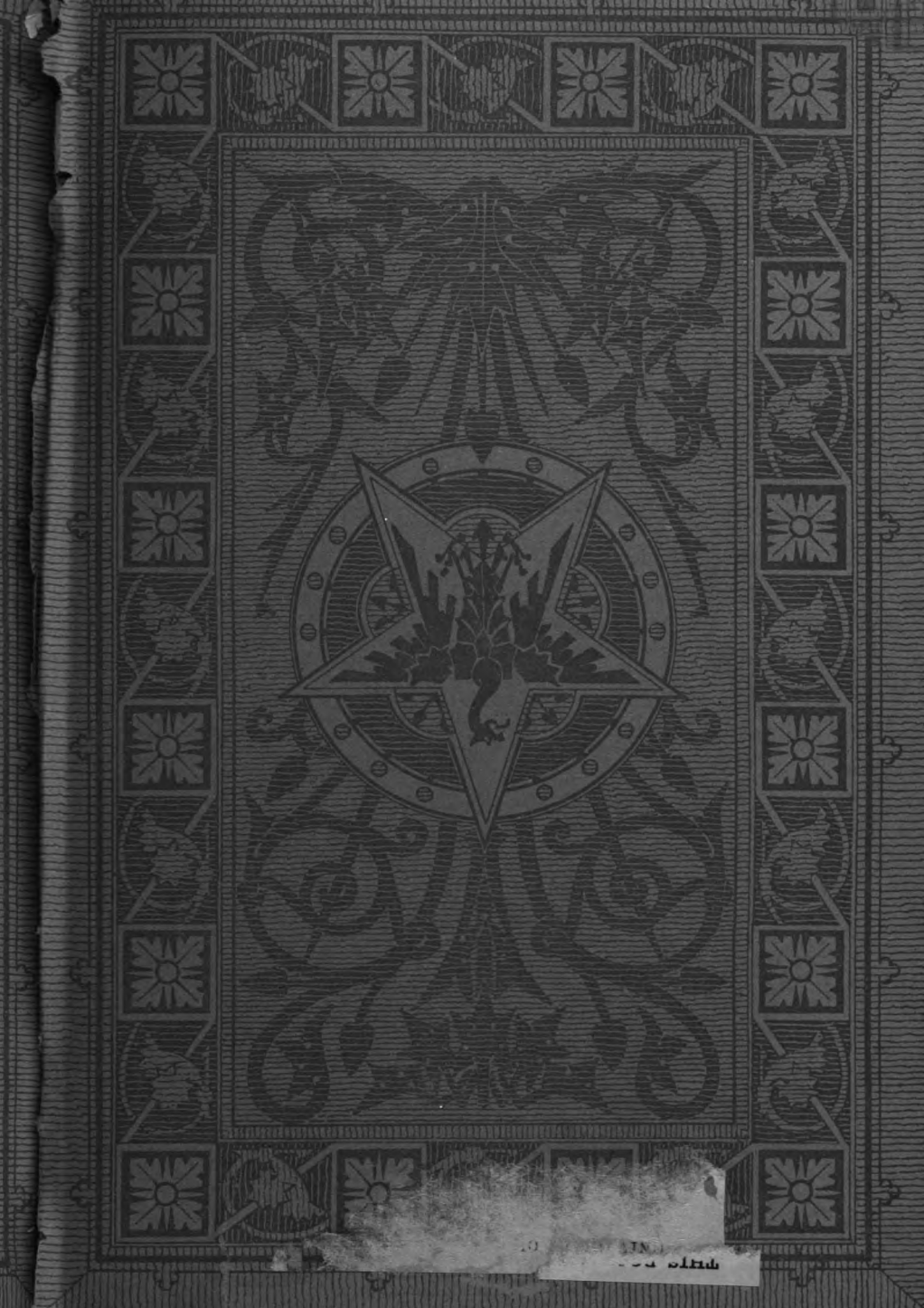
No te burles de ver cuánto confío,
ni al arte de decir, vana y pomposa,
el ardor atribuyas de este brío.

¿Es por ventura menos poderosa
que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

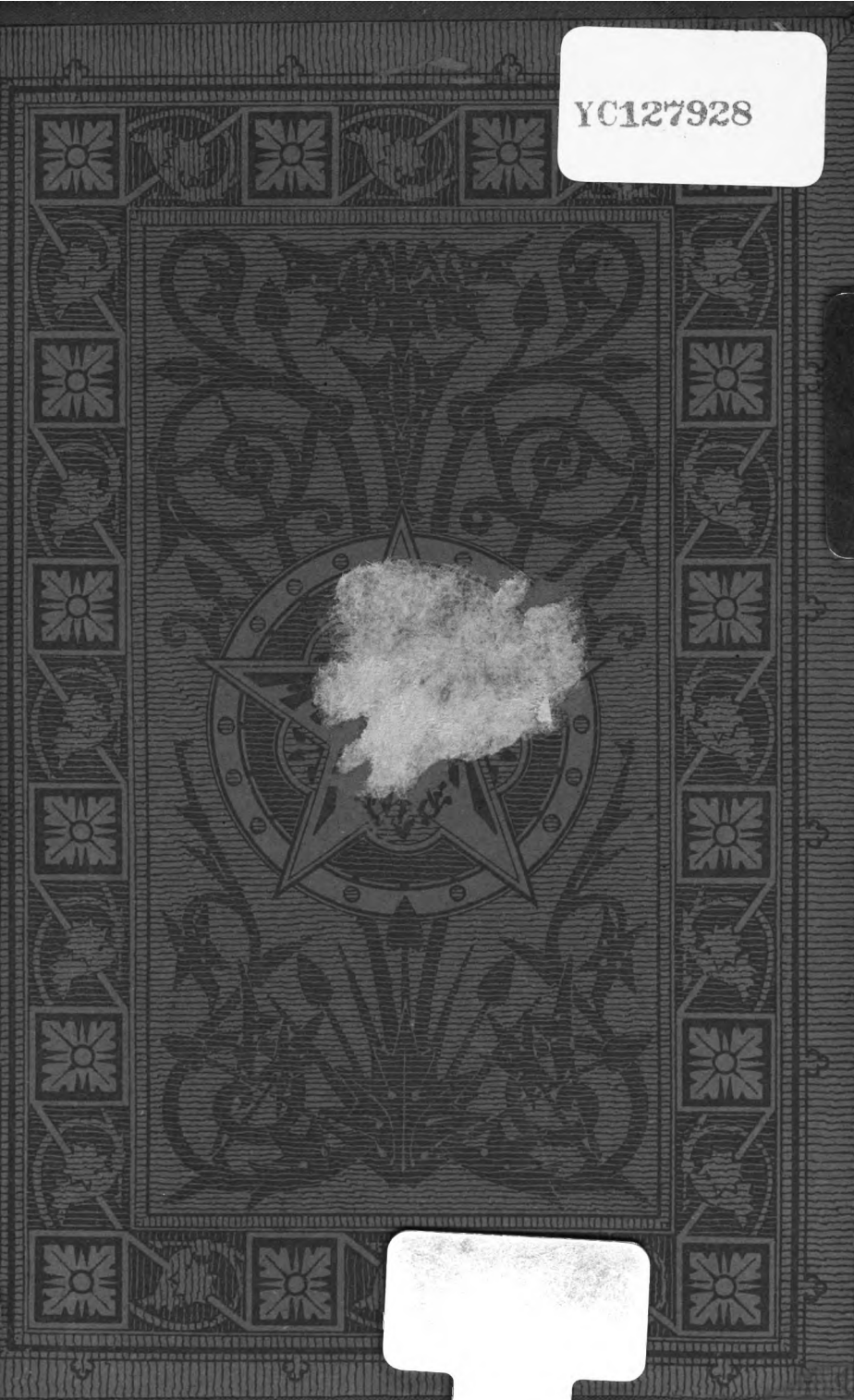
La codicia en las manos de la suerte
se arroja al mar, la ira á las espadas,
y la ambición se ríe de la muerte.

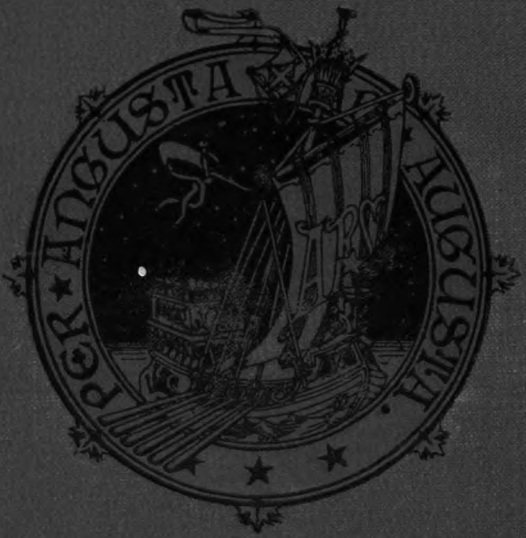
Y ¿no serán siquiera tan osadas
las opuestas acciones, si las miro
de más ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
de cuanto simple amé; rompí los lazos.
Ven y verás al alto fin que aspiro,
antes que el tiempo muera en nuestros brazos.



YC127928




PER ANGUSTA AD AUGUSTA